

## SAN JUAN CRISÓSTOMO

### VIDA Y PENSAMIENTO

Nació alrededor del 347 en Antioquía en la familia de un mando militar, Secundo. El lugar y el tiempo determinaron su forma de servicio al cristianismo. La región en la que vivía entraba en la parte del Imperio Romano que hacía poco que se había convertido al cristianismo. Antioquía era la ciudad más grande del este del Mediterráneo, donde la cultura helenística colindaba con la cultura semita. Esta fue la primera ciudad donde los creyentes en Cristo se denominaron cristianos. En las aldeas hablaban el idioma de Cristo, arameo. En las ciudades se escuchaban charlas filosóficas y los discursos preparados con mucho esmero en griego. Había todas las posibilidades para adquirir una formación universal y cristiana, y San Juan pudo aprovecharlas, al ser su familia bastante acomodada.

En el Imperio aún habían personas que se acordaban de los tiempos en que, por ser cristiano te podían mandar al coliseo donde te esperaban las bestias. Cuando San Juan era adolescente, Juliano el Apóstata intentó el renacimiento del culto pagano. Es conocido el final de Juliano, muerto en la guerra contra los persas.

El Imperio se hacía cristiano, se topaba con una gran afluencia de recién bautizados que, cambiando de religión formalmente no cambiaban ni sus costumbres ni su mentalidad.

San Juan se bautizó con veinte años poco después de la muerte de Juliano. Entre los nuevos miembros de la Iglesia pocos tenían tan buena educación y formación como San Juan. Para muchos la nueva ideología era útil para el poder imperial.

Por estas razones nació el monaquismo, los que guardaban la pureza del cristianismo, querían huir de las multitudes a sitios poco transitados. Juan pronunció los votos después de la muerte de su madre Anfusa: pasó 4 años en reclusión, y durante 2 años guardó el silencio absoluto. Su elocuencia aún tenía que madurar.

El primer libro que escribió antes de ser ordenado sacerdote y antes de ser anacoreta fue “Seis palabras sobre la vocación del sacerdote”: El pastor tiene que tener mucho entendimiento y muchos ojos para vigilar a las almas. Muchos se desesperan por aplicarles un remedio duro, otros se relajan y llegan a ser peores por no obtener el castigo correspondiente a sus pecados.

Cuando volvió del desierto a Antioquía fue ordenado diácono en el 381 y después de 5 años, sacerdote. Entre sus obligaciones estaban las de pronunciar homilías, lo que hacía no menos de dos veces a la semana. Las homilías eran el medio más seguro, común y accesible de enseñar la doctrina cristiana a la gente corriente.

En el centro de sus discursos siempre estaban las Santas Escrituras. Consideraba que por no conocerlas, ocurrían las desgracias como las herejías y el modo de vida despreocupado

“Sin la luz de este mundo no podemos andar, sin la luz de las Santas Escrituras no podemos vivir sin pecar, porque andamos en la oscuridad profunda”

San Juan podía interpretar un capítulo, página por página, podía hacer al revés, elegir extractos de las Escrituras que se referían a una fiesta en particular. Su interés por las Santas Escrituras no es teórico, ahí encuentra las indicaciones de cómo vivir, cómo cumplir la voluntad de Dios, cómo amar a su prójimo. Sus homilias no se parecían en nada a las conferencias aburridas de teología en las que hay muchas citas.

He aquí lo que San Juan cuenta sobre la mujer cananea, la mujer pagana que pidió a Cristo que curara a su hija. Entre los que lo escuchaban había muchos procedentes de esta región:

“Así pues, querido, sabes que durante la oración tienes que imitar a la mujer de Canaán; rechazada y despreciada. ¿No tienes una hija poseída? Tienes un alma pecadora. ¿Qué dijo la mujer cananea? Ten piedad de mí, mi hija está malamente endemoniada. Y tú dile: Ten piedad de mí, mi alma está malamente endemoniada. Adonde quieras que vayas, en todo lugar escucharás las palabras de Cristo: “Oh mujer, grande es tu fe” Entra en la iglesia de los persas y escucharás a Cristo diciendo: “Mujer, grande es tu fe” Asimismo en la iglesia de los godos, bárbaros, hindúes, mauritanos, y cualquier país que el sol ilumina”.

En 397 muere Nectario, arzobispo de Constantinopla, y el emperador Arcadio invita a San Juan a ocupar su lugar. Una vez ahí, se pone a organizar la actividad práctica de la Iglesia: reconcilia a los enemistados, despide a los clérigos con mala reputación, exige de todos ser aplicados y llevar una vida pura. El obispo, tal como lo entiende San Juan, no es un funcionario dotado de autoridad, sino el servidor del pueblo de Dios. San Juan vende el material lujoso del palacio del arzobispo de Constantinopla, y construye hospitales y residencias para los peregrinos.

En estos tiempos ya se estaba olvidando la sencillez de la época de los primeros cristianos, sobre todo en esta ciudad, la más grandiosa y rica del mundo. A nadie le sorprendía que el mendigo hambriento y el rico que celebra sus fiestas sean formalmente hermanos en Cristo, pero en realidad estén lejos el uno del otro. Ya nadie se extrañaba de la vida de los pastores de la iglesia, poco compatible con la ascesis.

El Crisóstomo no lo iba a aguantar. Se enteran los obispos, nobles, la familia real. Lo que más le aborrece es la riqueza y la estratificación social.

“Al principio Dios no hizo gente rica ni pobre, no proporcionó tesoro a unos y a otros les privó de esta adquisición, sino que a todo el mundo les propuso la misma tierra que labrar. Entonces, ¿cómo es que la tierra es un patrimonio de todos, y tú tienes tantas y tantas parcelas y tu prójimo no tiene ni un trocito de tierra? Los ricachones avaros son una especie de ladrones que están en el camino, asaltando a los que pasan por él y que encierran los bienes en sus almacenes, como cerdos en el barro que disfrutan en las cloacas de la codicia”

La emperatriz Eudoxia, que gobernaba realmente, porque su marido era débil y con poca voluntad, tuvo que recibir unas cuantas críticas de San Juan por su lujo y avaricia. El defiende a una viuda y niños de un noble caído en desgracia. En la iglesia, hablando de los gastos vanidosos mira directamente a la emperatriz. ¡Ella no lo puede soportar! Hace poco los emperadores romanos se consideraban dioses y el insulto a su majestad era el crimen más grave. Entre los sacerdotes y el obispado había muchos descontentos:

sus exigencias parecían desmesuradas, su estilo de gestión, duro. En 403 lo juzgan y lo envían al exilio, y lo tienen que devolver, por petición del pueblo.

San Juan no podía no tomarse el cristianismo en serio, no soportaba ver que la gente combinara el simbolismo cristiano con las acciones paganas. La estatua de la emperatriz de plata no era una innovación en Roma, pero San Juan no la podía aguantar: “Otra vez la Herodiana se endemonia, otra vez se enoja y baila, otra vez pide la cabeza de Juan sobre el plato” La comparación de la emperatriz con la mujer de rey Herodes, era la última gota que colmó el vaso de nuevo. En el 404 el Concilio en Constantinopla lo envió a su último exilio

San Juan se expresó así: «Hermanos, el ladrón no va al sitio donde está la madera, paja y ramas secas, sino en el lugar donde puede encontrar oro, plata o perlas. Lo mismo el diablo, no entra donde está el adúltero, el blasfemo, el ladrón o el codicioso, sino en el sitio donde se lleva la vida del desierto... Si me envían al exilio, seré como Elías, si me echan en el barro, Jeremías, si en el mar, Jonás, si en la fosa, Daniel, si me lapidan, Esteban, si me cortan la cabeza, San Juan, si me apalean, San Pablo, si me cortan en dos con la sierra, Isaías. Ojala fuera sierra de madera, para que pueda disfrutar del amor a la cruz”.

Pero San Juan tenía su propio camino, el que se puede describir con sus propias palabras: «La vida de los justos es brillante, pero ¿cómo hacerla brillante si no a través de la paciencia? Cuando la adquieres, quiérela, hermano, como la madre del valor.

Fue enviado a la ciudad de Cucus en Armenia, donde mantuvo correspondencia con sus amigos, se conservan más de 200 cartas suyas. De Cucus lo enviaron a la punta del Imperio, a Pitiunt en Abjasia. No llegó a su destino, murió en Comanas el 14 de septiembre del 407. El día de la Exaltación de la Cruz.

Antes de la muerte pronunció unas palabras que llegaron a ser una especie de lema para todos los cristianos que hayan sufrido: “¡Gloria a Dios por todo!” En esas palabras se encierra el resumen de su vida.

El hijo de Arcadio, Teodosio y el patriarca Proclo ordenaron que sus restos fueran trasladados a Constantinopla, de donde fueron llevados a Roma en 1204 por los Cruzadas. Solo en 2004 Juan Pablo II los devolvió a la iglesia Ecuménica Ortodoxa en Constantinopla.

Su día se celebra el 13 de noviembre, el 27 de enero se celebra el traslado de sus reliquias de Comanas a Constantinopla, y el 30 de enero el concilio de los Tres Doctores Ecuménicos San Basilio, Gregorio el Teólogo y San Juan.

San Juan tenía un don de palabra viva, con poder. Le gustaba pronunciar homilias. “He convencido a mi alma profesar la fe y seguir los mandamientos y lo seguiré haciendo mientras respira”. Su estilo era convencer a la gente, para que libremente puedan elegir el bien. En la voluntad de los humanos está el principio del bien y del mal. Cristo, según él, vino a corregir la voluntad humana, no a privarnos de la libertad. El mismo Dios actúa convenciendo a las personas, sin obligarlas. San Juan tenía un temperamento ardiente, podía ser brusco, estricto. Pero incluso con los herejes se comportaba sin presionarlos, respetando siempre la libre elección del ser humano. Estaba en contra de

los actos dirigidos contra los herejes, contra cualquier tipo de represión. “Yo persigo la herejía, no a herejes. Cristo venció crucificándose, no crucificó a nadie” La fuerza del cristianismo para Crisóstomo se resumía en la humildad y la paciencia, no en la autoridad. Cada uno tiene que ser estricto consigo mismo.

Tenía dos temas dogmáticos favoritos:

- 1) La Iglesia y el sacrificio del Sumo sacerdote, Cristo, que a través de la Cruz subió al cielo.
- 2) Eucaristía: misterio y sacrificio.

No tiene un sistema teológico, su lenguaje teológico de Antioquía tenía sus imprecisiones. Él era el testigo de la fe, de la tradición. Su tarea era hacer ver que las verdades de la fe son a la vez las verdades de la vida. Consideraba que la gente que lo escuchaban conocía los principios de la fe. Ir más allá sería como ir antes de tiempo, mientras el corazón no está purificado.

No era un teólogo especulativo, pero tampoco era un moralista sin más. Se basaba en la Epístolas del Apóstol Pablo. Hablaba de Cristo y de la salvación a través de Cristo. Cristo es el sumo sacerdote y el Cordero de Dios. Sólo a través de una vida pura se consigue la fe pura. La vida impura genera falsas doctrinas. San Juan veía ante sí a unos corazones dormidos e indecisos. Los quería despertar para la vida espiritual y el amor. Su pensamiento es individualista en el sentido de que no piensa en la sociedad, como en un conjunto. Sus palabras están siempre dirigidas a una persona concreta, real. Por eso en sus ejemplos nunca generaliza, siempre son precisos, concretos, se aplican a los casos particulares. No tiene esquemas. Su objetivo era llegar al alma, por eso sus discursos son poco ordenados, pero son muy vivos, hay un diálogo interno, como si él previera las objeciones y adujera nuevos argumentos. El tema que más le preocupaba era la pobreza y la riqueza. Siempre había vivido en ciudades grandes. Los pobres y los ricos tenían un nivel de vida muy distinto. San Juan se dirige a los ricos para despertar en ellos la piedad y la misericordia. La riqueza es la tentación para el que la posee, porque puede que se quede enganchado a los bienes temporales. “Es malo preocuparse demasiado por cosas incluso necesarias: Cristo dijo “No te preocupes por lo que comer, o qué beber o qué ropa llevar”. El mandamiento de Cristo “dalo todo a los pobres” contrasta con el mundo de la adquisición. Ante la pobreza que hay en el mundo, cualquier riqueza se hace injusta. Se hace muestra de la dureza de corazón de la persona que la posee. Desde este punto de vista, San Juan no aprueba demasiados adornos en la Iglesia. “La Iglesia no es para que se funda el oro y la plata”. La riqueza es peligrosa, porque nos hace presos de bienes sin alma, el espíritu de codicia nos ata a lo material. Dios nos enseña a negar lo material y despreciarlo. No sólo tienes que despreciarlo también hay que alimentar a los pobres y lo más importante, seguir a Cristo.

La Iglesia, para San Juan es el lugar donde se juntan los ángeles, por eso pedimos las almas humanas como don, por ellas Dios acepta otros dones. “La mesa no era de plata cuando hubo la cena mística. No era de oro el cáliz con el que Cristo dio de beber su sangre a sus discípulos. Sin embargo, todo era santo, precioso y despertaba la piedad. Si quieres respetar el cuerpo de Cristo, no lo desprecies cuando lo ves desnudo. ¿Qué sentido tiene que le vistas aquí de seda y ahí fuera le dejes hambriento y desnudo? ¿Para qué te sirve que en el altar haya cálices de oro y Cristo sufra hambre? Haces cáliz de

oro, pero no le das agua fresca a nadie. Cristo, como un vagabundo cualquiera pide abrigo y tú, en vez de darle cobijo adornas el suelo, paredes, columnas y atas a los caballos con cadenas de plata. Y a Cristo, atado en la cárcel, no lo quieres ni mirar.” Le parecía que cada cosa ahorrada es quitada a una persona que lo necesita de verdad. Porque uno no puede ser rico sin que el otro sea pobre.

“El principio y la raíz de la riqueza se basan en una injusticia”- pensaba él. Crisóstomo no consideraba la pobreza como virtud. Para él, donde había pobreza, estaba Cristo, porque había sufrimiento. Por otro lado, la pobreza, elegida voluntariamente, es un camino de virtud. Más que nada porque el que no tiene nada es más libre que el que tiene algo. Tiene menos ataduras, menos preocupaciones. Pero San Juan sabía que la pobreza puede ser un yugo pesado, como fuente de envidia, agresión y depresión.

Por eso se esforzaba por combatir la pobreza, su ideal social era un ideal moral. El ideal de la igualdad. Porque el amor excluye toda desigualdad. No existe propiedad. Todo pertenece a Dios, solo a Él. Se nos da como un don. “Si nuestros bienes pertenecen al Señor de todos, son igualmente de nuestros consiervos, lo que pertenece al Dueño, pertenece a todos. Él ha creado algunos objetos para el uso común para que nos avergoncemos: el aire, el sol, el agua, la tierra, el cielo, el mar, la luz, las estrellas. Nos los había repartido por igual, como a hermanos. Hizo algunas cosas comunes, como termas, ciudades, plazas, calles. Fíjate que si se trata de algo que pertenece a todos no hay pelea. Si, en cambio, alguien intenta apoderarse de ello y hacerlo de su propiedad, empiezan las discordancias, como si la naturaleza misma se enojara. ¿Porque a nadie se le ocurre adjudicarse una plaza de una ciudad? ¿No sería por que pertenece a todos? Los animales son mejores: todo lo tienen en común: tierra, fuentes de agua, prados, montañas y bosques, ningún animal tiene más que el otro.

Tú, hermano, encierras en tu casa comida para miles de personas, mientras que nosotros tenemos la misma naturaleza, el mismo cielo, luna, sol, coro de estrellas, aire, mar, fuego, agua, tierra, vida, muerte, juventud, vejez, enfermedad, salud, necesidad de ropa y comida. Tenemos en común bienes espirituales: el altar, cuerpo de Cristo, su sangre preciosa. Su promesa del Reino, aguas de renacimiento, purificación de los pecados, verdad, santificación, redención, bienes indecibles. Por eso, es de locos que las personas que tienen tanto en común – naturaleza, gracias, promesas y leyes- se aten tanto a la riqueza y superen a los animales en ferocidad, cuando pronto lo dejaremos todo.”

San Juan insiste en la voluntad libre de disponer de los bienes que nos han sido entregados. No pide a todos el ser pobre, sino que se distribuyan bien las riquezas. Denunciaba un modo de vida pomposo, lujoso, de gasto innecesario. La solución está en el amor: “Porque el amor no busca lo suyo” (Corinto, 12, 5). Pensaba que esto se solucionó ya en la Iglesia de los apóstoles: todo el mundo renunciaba a sus bienes y estaban alegres y la alegría era grande, porque los bienes eran comunes. No había aquellas palabras frías y crueles, “mío” y “tuyo”, que habían generado tantas guerras, estas habían sido expulsadas de la Iglesia primaria. La gente vivía como ángeles en el cielo, no había envidia ni desprecio de pobres a ricos y de ricos a pobres, porque no había ni unos ni otros.

Los fundadores del monaquismo seguían este ejemplo. Este ejemplo lo quería reproducir Crisóstomo en sus no muy grandes comunidades de Antioquía y Constantinopla. Contaba con que, al renunciar a bienes y a repartirlos con justicia, algo

habría para el clero, algo para el mantenimiento del templo, pero la mayor parte se destinase a los pobres. La renuncia a los bienes es el escalón más alto del amor, de la perfección. Por eso San Juan propone algo intermedio, una limosna generosa. Por la limosna también se entiende un buen consejo, o un acto dirigido hacia otra persona. “Si no das limosna, te quedarás fuera de la cena nupcial: no levantes tus manos al cielo, si no extiéndelas para dar la limosna.”

Cristo en su discurso escatológico sobre el fin del mundo, habla solamente de limosna. Porque la limosna se genera por el amor, y el amor es el centro y el sentido de la vida cristiana. “El altar divino lo constituyen las almas humanas, miembros del cuerpo de Cristo. Su cuerpo es el altar. ¿Quieres ofrecer un sacrificio? Puedes hacerlo en cualquier lugar: calle, plaza, porque ahí se santifica el sacrificio” Aquí se refiere a los pobres que constituyen también el cuerpo de Cristo.

La autoridad es un tipo de esclavismo y supone desigualdad. Se instaló por Dios, pero como consecuencia del pecado. En el paraíso no había autoridad, porque no había desigualdad y los humanos eran libres. Nuestros pecados hacen que la autoridad sea necesaria como un pegamento de la vida social. Sin autoridad empezaría la lucha total. Si es cierto, que gobierna gente igual de pecadora y muchas veces la autoridad es cruel e injusta. Aunque con eso no se hace ilegal y a cualquier autoridad hay que obedecerla. Solo en la iglesia no tiene poder la autoridad, y los sacerdotes están llamados a consolar a los ofendidos y afligidos. “¿Los jueces aterrorizan? Que consuelen los sacerdotes, ¿los jefes amenazan? Que la Iglesia anime. Dios constituyó las dos cosas para nuestra salvación. Revistió de poder a las autoridades para que asustasen a los atrevidos y ordenó a los sacerdotes para que consolasen a los afligidos”.

El clérigo debe denunciar a las autoridades: “El último sacerdote es más poderoso que el rey. Por eso los reyes se inclinan ante él para recibir la bendición, como en el Antiguo testamento cuando fueron ungidos para el reino”. El sacerdote tiene derecho a la palabra de denuncia y a ser atrevido denunciando. No puede nunca aplicar la fuerza. La autoridad es intocable, pero es responsable ante la razón de la Iglesia y de la conciencia. Esta actitud se deduce de sus discursos “Sobre estatuas” y en el caso de su defensa de Eutropio. Consideraba este caso una victoria brillante, el trofeo más glorioso. En el umbral de la iglesia se destruye toda enemistad y odio, se detiene la fuerza. Hubo una revuelta en la ciudad, cuando se tiraron estatuas imperiales y los ciudadanos estaban esperando un gran castigo. Los privaron de privilegios, pero Juan los consolaba.

No tenía planes de reformas visibles y tangibles para la sociedad. El reconocía el orden establecido y no quería reformar la sociedad sino a las personas. Tenía fe en la fuerza del espíritu.

Así se explica su actitud hacia el esclavismo. Se daba cuenta de que es antinatural, pero no pedía su abolición. No solo porque en aquel tiempo era impensable, sino porque veía otro camino más rápido: la profesión de la humildad, de la atención y del amor. Recordaba a los dueños de esclavos la dignidad del ser humano, la igualdad de los hombres ante Cristo. A los esclavos los llama a la libertad en Cristo, a obedecer por Él, en Él se hace más ligera cualquier dependencia. El acento se traslada de nuevo de la vida exterior hacia la vida espiritual. Nada exterior puede impedir la vida en Cristo y con Cristo, en ella está la alegría y la buena ventura.